

mios; solemnidad tan lisonjera para el corazón de las madres, y tan mágica en la existencia de los niños y aun en los recuerdos de la edad madura. Asocióse á este pensamiento el cardenal Farnesio, costeando las obras que los catedráticos distribuyeron á los mas dignos: el esplendor de la ceremonia y sus felices resultados respecto á los estudios, la popularizaron en todas las casas de la Compañía; siendo mas adelante adoptada como una recompensa y un aliciente en todo el mundo literario, que siguió las huellas del colegio Romano.

En 1576 empezó en él el P. Belarmino sus célebres controversias. El cardenal Carlos Borromeo y el de Lorena se habian declarado los protectores especiales de la Compañía, y proveian lo mismo que los Papas, á sus mas urgentes necesidades, y le hacian la donacion de cuantiosas sumas. Cuando después de la cuarta congregacion general, rogaron los Jesuitas á Gregorio XIII que tuviese á bien dar al colegio una basa mas durable, consultó este al cardenal Contarelli.

«Santísimo Padre, contestó el Cardenal, vuestros predecesores «y Vos mismo habeis construido una estatua semejante á la de «Nabuco: la cabeza de oro es el colegio Germánico; el Inglés, «el pecho de plata; empero, el colegio Romano, que sirve de basa á la estatua y sostiene á los demás, tiene los piés de barro: «apoyémosle para que gastos tan útiles no se pierdan un dia.»

El Papa comprendió que era indispensable poner un término á semejante situacion, ordenó construir el edificio inmenso que Ignacio habia llegado á vislumbrar en sus proféticas esperanzas; y además le asignó rentas fijas para solventar las deudas contraidas y sufragar á los gastos de los profesores.

El registro de los alumnos para el año de 1584 asciende al número de 2107, que continuó el mismo á poca diferencia hasta el año de 1591.

El hambre y la peste assolaban la Italia en esta época, dejando una multitud de huérfanos, que eran acogidos como otros tantos hermanos por los escolásticos del colegio. En este mismo año fallecieron Luis Gonzaga, que por la santidad é inocencia de su vida, es invocado como el patrono de la juventud, y el P. Tucci, poeta, orador, historiógrafo, filósofo, canonista, y una de las primeras glorias literarias de la Compañía.

El papa Gregorio XIII merece, después de Ignacio, el título

de fundador del establecimiento. Entró á sucederle, después de su muerte, un discipulo de este colegio, bajo el nombre de Urbano VIII; y desde esta época no ha cesado de producir hombres distinguidos, tanto en ciencia, como en política y santidad, puesto que de él salieron Inocencio X, Clemente IX, Clemente X, Inocencio XII, Clemente XI, Inocencio XIII, y Clemente XII, que tanto brillaron en los anales de la Iglesia. Albergaba sin duda alumnos ilustres; empero sus profesores no eran menos célebres: viéronse ocupar sucesivamente los profesorados á Sachini, Maffei, Clavio, Mariana, Maldonado, Suarez, Azorio, Vazquez, Cornelio á Lápede, Pallavicino, Conti, Kircher, Martínez y Casati; y al paso que se formaban en él hombres eruditos, abrigaba en su seno algunos santos, como Juan Berchmans, Camilo de Lelis, Leonardo de Porto Mauricio y el venerable mártir Pedro Berna.

Ya no era solo el colegio de los Jesuitas, sino mas bien el colegio del mundo entero, porque todos los demás establecimientos de Roma tenian á mucho honor el considerarse como sus agregados. Roma obtenia la supremacia de la educacion; sin embargo, nunca han desistido los enemigos de la Iglesia de achacarla una antipatía declarada á todo lo que se asemeja á ilustracion; aun en tiempo que existian en la capital del mundo cristiano catorce escuelas públicas, que aparte de sus estudios peculiares, seguian los que daban los Jesuitas. Por su sola nomenclatura se echará de ver de qué modo contestaba la Santa Sede al reproche de oscurantismo y de ignorancia que ha osado atribuirle la mala fe de sus antagonistas, pues formaban aquella brillante pléyade los colegios de los ingleses, griegos, escoceses, maronitas, irlandeses y neófitos; los llamados Capránico, Fuccioli, Mattei, Pamphili, Salviati, Ghislieri, el Germánico y el Gimnasio¹. Acababa Ignacio de sentar las basas de un monumento; mas no se limitaron á él solo sus creaciones.

Habia penetrado la herejía en el corazón de Alemania: veia ca-

¹ Estos catorce establecimientos eran instituciones fundadas, unas por los Papas ó cardenales, y por los príncipes ú obispos las restantes. En la actualidad ya no existen algunos de los citados colegios; conservando los demás, que han podido resistir á los esfuerzos del tiempo y á los trastornos políticos, el nombre de sus fundadores. Aun se cuentan entre los asistentes al colegio Romano, los alumnos de los colegios Capránico, Pamphili, Salviati, los del colegio Germánico, de los irlandeses, escoceses y nobles.

da año la Iglesia separarse de la unidad alguna de las provincias germánicas, para asociarse á las máximas de Lutero ó de sus prosélitos; y anhelando Loyola hacer frente á tamaños desórdenes, al paso que proteger á este imperio, uno de los mas bellos florones de la diadema de san Pedro, contra los tiros de la herejía, habia dirigido hácia la Alemania todos los esfuerzos de Lefèvre, Bobadilla, Le Jay, Salmeron y Canisio; mas, por grande que fuese el poder de atraccion de estos cinco individuos, como no podian multiplicarse segun lo exigian las necesidades, les era imposible responder á todas las invitaciones.

Existia, además, otra razón muy poderosa: los Protestantes no cesaban de anticiparse á las excursiones de los Padres para extinguir en los corazones de los Cristianos el crédito que pudiesen prestar á las palabras de los Jesuitas; volviendo además contra ellos y contra el papado su voto de obediencia á la Santa Sede. Este obstáculo, cuyos efectos habia probado Ignacio mas de una vez, era para él estímulo tan poderoso, que desde luego concibió el proyecto de formar un colegio especial, en que fuesen educados los alemanes que pudiesen ser arrancados de brazos de la herejía. Sabia por experiencia el General que es mas fácil amoldar á cien jóvenes á unos estudios, ó unas costumbres nuevas, que á un solo hombre entrado en edad: veníanle auxiliares de Italia, España, Francia, y aun de la otra parte del Rhin; mas estos auxiliares, sacerdotes ya la mayor parte, no se doblegaban tan fácilmente al yugo. Aspiraba á mas Loyola; necesitaba sacerdotes, que llenos de vida y de celo, pudiesen transportar á su patria el ardor de que se hallasen animados; esperando la salvacion del imperio de aquellos hombres, á quienes la excelencia de sus virtudes y la perfeccion de sus estudios comunicaria el carácter de teólogos, predicadores y misioneros. Habia calculado Loyola con tal exactitud, que los mismos Luteranos confiesan la eficacia de sus cálculos: hé aquí lo que escribe el historiador de la Suiza, Juan de Muller: «Tal vez la Reforma se hubiera hecho mas general, sin las luchas que sostuvieron los Jesuitas para contrarestar sus progresos¹.»

Loyola habia formado el plan de erigir un colegio Germánico; y como el concebir era en él sinónimo de realizar; por mas que no contase recurso alguno para fundar el edificio, ni aun el dinero

¹ Historia universal, tomo III.

necesario para convocar á Roma á los jóvenes que debian formar el núcleo del establecimiento, no por eso desconfió de la Providencia ni de los hombres.

El cardenal Moroni habia presenciado de cerca la penuria de la Iglesia católica del otro lado del Rhin; dirígese Loyola al Cardenal y le participa su plan: Moroni lo aprueba; obliga á interesarse en él al cardenal Marcelo Cervini, y marchan ambos á comunicar al pontífice Julio III la importancia de este proyecto: «¿Quién podrá sostener ese gasto, exclama el sumo Pontífice, aterrado por la magnitud de la empresa? la guerra de Parma ha dejado exhausto el tesoro público; Nos, estamos empeñados; sin embargo, yo ofrezco una parte de mis rentas anuales, aunque esta suma no bastará ni aun para levantar los cimientos del colegio.» «Lo que falte, santísimo Padre, respondió el cardenal Moroni, será suministrado por todos los cardenales; una vez que vuestra Beatitud nos da el ejemplo, no querrán quedarse en zaga unos hombres de su carácter. Ya vuestra Santidad se ha impuesto sacrificios gravosos para socorrer á la Alemania; es un deber de los príncipes de la Iglesia caminar tras las huellas de su jefe. Cervini se expresó en los mismos términos: Julio III les encargó que consulten á sus colegas, y todos se muestran propicios respecto á la empresa de Ignacio, asociándose á ella por unanimidad.»

Convocóse un consistorio, en el que el Pontífice describió á sus venerables hermanos la situacion de la Iglesia de Alemania, exigiendo el parecer de cada uno de ellos respecto á los medios que deberian practicarse para reparar semejante estado de cosas. El primer cardenal que tomó la palabra se ocupó únicamente en contrarestar la accion protestante oponiéndola la accion católica; invocó el nombre de una cruzada; suscitó el recuerdo de Godofredo de Bouillon, de Ricardo Corazon de leon, de San Luis y todos los príncipes de Alemania, que tantas veces habian conducido sus armas victoriosas hasta la Palestina; y concluyó su arenga diciendo: «No es ya solamente el sepulcro de Jesucristo el que se ve profanado, sino su reino entero; y ¿no han de realizar los pueblos católicos de este tiempo con respecto al triunfo de su fe, lo que realizaron los de aquella época por la libertad del santo Sepulcro?»

No reflexionó que los tiempos no eran los mismos: la Europa

se hallaba dividida y despedazada; los príncipes católicos abrigan en su corazón una gran dosis de ambición é inmensas rivalidades en sus ánimos; al paso que la Santa Sede demasiada debilidad moral para fijarse en una idea tan caballeresca.

Moroni era el único que conocía el pensamiento de Ignacio, por cuya razón se había encargado de explicarle, sentando desde un principio la cuestión bajo su verdadero punto de vista; dió á conocer desde luego la utilidad y precisión de establecer un colegio en Roma, en que se educasen á vista del soberano Pontífice algunos sacerdotes alemanes, destinados á sostener la Religión en el centro del imperio germánico, por medio de su piedad y doctrina. El cardenal Cervini apoyó la proposición; y los treinta y tres cardenales que se hallaban presentes en el consistorio, declararon por unanimidad que la fundación del colegio proyectado por Loyola era la única cosa útil y practicable.

Descendiendo el pontífice Julio III de su trono escribió: «Nos, «darémos anualmente 500 escudos de oro, para cooperar á una «obra tan piadosa, santa y laudable.»

Diéronse prisa los cardenales á colocar sus firmas á continuación de la del Papa, ascendiendo en breves instantes la suma de las suscripciones anuales á 3065 escudos de oro ¹. La historia debe conservar los nombres de los que se asociaron á la creación del colegio Germánico.

El cardenal de Ostia,	100 esc. de oro anuales.
El cardenal Porto,	100
El cardenal de Tournon,	80
Juan du Bellay, cardenal de Paris,	150
El cardenal Carpi,	40
El cardenal de Santiago,	100
El cardenal de Santa Cruz,	80
El cardenal Moroni,	120
El cardenal de Trento,	120
El cardenal de Armañac,	60
El cardenal de Ausburgo,	120
El cardenal Cueva,	120
El cardenal Cesis,	100

¹ El escudo de oro valia en aquella época sobre 53 rs. vn. y el total ascendia á unos 183,645 rs., cantidad muy crecida en aquella época.

El cardenal Pacheco,	100 esc. de oro anuales.
El cardenal de San-Ángelo,	20
El cardenal de Lorena,	240
El cardenal Veralli,	40
El cardenal Médicis,	50
El cardenal Crispi,	25
El cardenal de Perusa,	100
El cardenal de Montepulciano,	40
El cardenal Campegi,	40
El cardenal Poggi,	40
El cardenal de San Clemente,	40
El cardenal Farnesio,	120
El cardenal de Santa Flora,	120
El cardenal Polo,	100
El cardenal Sermonetta,	50
El cardenal de Ferrara,	150
El cardenal Savelli,	40
El cardenal de Orbieto,	120
El cardenal del Monte,	200
El cardenal Cornely,	40

La obra de Ignacio iba adquiriendo vida; Julio III publicó la bula de erección del colegio la víspera de las calendas de setiembre (31 de agosto de 1552): al que el Pontífice le otorga numerosos privilegios, confiriendo entre otros al rector el derecho de crear doctores de aquellos de los alumnos que fuesen reputados dignos de este honor por su ciencia; y facultando además á Ignacio para que manifestase la dirección que se debía dar á los estudios.

Ya el Papa y los príncipes de la Iglesia habían llenado su deber; restábase á Loyola cumplir el suyo. El General no ceja ante los obstáculos. Apenas tiene en su poder una suma asegurada para subvenir á las primeras necesidades cuando se apresura á escribir á Viena y á Colonia para que le remitan jóvenes como él los pide. Se había fundado el colegio, como ya hemos dicho con fecha 31 de agosto, pero el General no quiere perder tiempo: establece reglas que mas adelante adoptará Gregorio XIII, y elige como primer rector al P. Frusis, á quien considera como el mas idóneo para dirigir esta casa naciente. En el colegio Romano se enseñaban solo el hebreo, el griego, y el latin; consulta Ignacio

al Papa, y se abren por orden suya en el colegio Germánico las cátedras de filosofía, teología y Escritura sagrada, con el objeto de que los jóvenes tuviesen á mano todos los elementos que formaban una completa educacion. En el mes de octubre de 1552 contaba Loyola diez y ocho alumnos, que se aumentaron hasta cincuenta y cuatro en el siguiente año.

Examinábanse los estudiantes en los primeros dias de su entrada en el curso para probar si eran aptos para desempeñar las tareas de que iban á ser encargados, después de lo cual se les vestia de un ropaje talar encarnado con una cintura negra y formaban una profesion de fe; empeñándose al cabo de cierto tiempo de pruebas, á conformarse, bajo juramento, con las intenciones del soberano Pontífice, ya durante su mansion en el colegio como fuera de él. Luego que supieron los herejes que no solamente se hallaba el colegio en estado próximo de fundacion, sino que aun presagiaba un próspero porvenir, no pudieron reprimir su cólera; llegando á exclamar Kenmicio, uno de sus jefes: «Solo esto nos faltaba: ¿no le basta aun á Ignacio su Compañía? no se contenta con que vengan los extranjeros á atacar nuestras doctrinas, sino que nos lanza en brazos de nuestros mismos compatriotas.»

No carecen de motivo estas quejas, y prueban hasta la evidencia que el General habia herido en lo vivo á la herejía. Habíase ya tomado la iniciativa; solo restaba á los Católicos asociarse á ella: el duque de Baviera envia á Roma su secretario Schereicher con el objeto de erigir una casa semejante en favor de sus súbditos; y el rey de romanos escoge en Praga, en Ingolstadt y en las demás universidades, á los jóvenes que hacen concebir las mas brillantes esperanzas, remitiéndolos á Roma á sus expensas.

Estaba este seminario organizado y administrado con un orden tan perfecto que á propuesta del cardenal Moroni, legado del Papa en Trento, adoptó el Concilio la mayor parte de su reglamento para redactar el decreto relativo á los seminarios episcopales.

Después que fallecieron los pontífices Julio III y Marcelo II, el papa Paulo IV se negó á suministrar el donativo que aquellos hicieron al colegio Germánico; pero no desanimó á Loyola la mala voluntad de este Pontífice. Aprovecharon los sectarios esta ocasion para esparcir por todas las provincias Rhinianas el rumor de que en Roma se morian de hambre los alumnos, y que los Jesuitas los trataban con rigor inaudito por haberseles hecho gra-

vos: mas al saber Ignacio estos rumores encarga á Canisio de desmentirlos, aunque esto á la verdad no era suficiente.

La guerra suscitada entre Paulo IV y Felipe II dejaba casi sin recursos al colegio Germánico. Privado el General de los donativos anuales que sostenian su establecimiento, disemina los educandos por las diferentes casas de la Compañía. Tenia Ignacio una confianza tan ilimitada en la Providencia que parecian animarle los mismos obstáculos: «Aunque todo el mundo abandone esta obra (decia á su amigo Oton Truschez, cardenal de Ausburgo, que le aconsejaba que renunciase á su empresa, y á otros varios sugetos que le persuadian lo mismo), aunque todo el mundo abandone esta obra, yo solo me encargaré de ella; y si no puedo conseguir su éxito por los medios ordinarios, me venderé á mí mismo antes que despedir á mis germanos.» «Vendrá un Pontífice, repeta con frecuencia, que establecerá este colegio con una munificencia digna del Jefe de la Iglesia, y que asegurará su perpetuidad.»

Pasaron algunos años en estas alternativas; pero lo que el Jesuita habia esperado con una fe enteramente profética, llegó á realizarse bajo el pontificado de Gregorio XIII, cuando ya habia fallecido Ignacio; y en el altar consagrado á su memoria en la iglesia del Apolinario, se lee todavía:

Sancto Ignatio, Societatis Jesu fundatori, collegium Germanicum auctori suo posuit.

Cuando se celebra anualmente la fiesta de Loyola, y leen su nombre en el Martirologio en el refectorio de esta casa, se levantan todos, y se descubren en señal de gratitud y veneracion.

La muerte de Frusis siguió de cerca á la de Ignacio; pero Laynez, que habia heredado todos los sentimientos del General respecto al colegio Germánico, nombró á Osmar Goyson para suceder á Frusis, quien trata de interesar al papa Paulo IV en favor de este seminario; pero viendo que el Papa permanece sordo á sus ruegos, se dirige al sacro Colegio: reúnese este bajo la presidencia del cardenal Juan du Bellay su decano; y se compromete á suministrar tantos escudos de oro mensuales, como cardenales existian en Roma en aquel momento, cuya suma producía una renta anual de 400 escudos. Hizo mas Juan du Bellay: cuando

ocurrió su muerte legó para el sosten de los germanos una posesion rústica, que mas adelante inundaron é hicieron improductiva las obras emprendidas por Sixto V en las lagunas Pontinas.

Estos auxilios permitieron á los seminaristas regresar á Roma, agregándose á ellos otros muchos que solicitaban el favor de ser admitidos en el colegio. Pio IV, que era el reverso de la medalla de su predecesor, se le mostró enteramente favorable, y aun confió á los Padres de la Compañía la direccion del seminario Romano, vaciado en el mismo molde que el colegio Germánico. Habian transcurrido veinte años desde su fundacion hasta la muerte de Pio IV ocurrida en 1572, y habian salido ya de este establecimiento mas de 160 alumnos, señalándose los mas por su celo y virtudes, é ingresando otros en el Instituto, donde adquirieron inmensa celebridad combatiendo á la herejía, agradecidos á la educacion que les proporcionara Loyola. Deben contarse en este número Pablo Hoffeo ¹, el húngaro Esteban Arator, y el Jesuita Guillermo de Metternich, que en la ciudad de Colonia, su patria, prestó á la Iglesia y á la Compañía los mas importantes servicios.

Apenas hubo ocupado Gregorio XIII el solio pontificio, cuando el cardenal Truschez y el P. Canisio, pasaron á exponerle la necesidad en que se hallaba la Santa Sede de favorecer el incremento de que era susceptible la creacion de Loyola. El Pontífice accedió sin tardanza al dictámen de los exponentes, y envió varios legados al Emperador, á los reyes y demás príncipes católicos, con orden de interesarlos en favor de una casa, cuyo saludable influjo habian experimentado por mucho tiempo los Estados de Alemania. El 6 de agosto de 1573 promulgó el Papa una bula por la que concede al colegio Germánico las posesiones y la iglesia de un monasterio situado en el monte Aventino, y le señala una renta anual de 1300 escúdos de oro. Por otra bula fechada en 9 de enero de 1574, consagra el citado Pontífice para el mismo colegio la iglesia y el palacio del Apolinario y todos los edificios que le estaban agregados; le exime de todo impuesto; le compra una granja con el objeto de que pasen á ella los seminaristas durante el tiempo de vacaciones; le asigna como protectores á varios cardenales, y realiza, en fin, por una piadosa grati-

¹ Léese en una carta del emperador Fernando II:
Canisius et Paulus Hoffæus ipsi nos docuerunt legem tuam, Domine.

tud todos los ensueños con que ningun otro hombre sino Ignacio de Loyola, hubiera osado alimentar su imaginacion.

Debía encerrar en sí algo de prodigioso el bien que se obrara, cuando el papa Gregorio habiendo fundado el colegio Húngaro en 1577, tres años después, por su bula de 13 de abril de 1580, le reunió al Germánico con las rentas que habia fijado la Santa Sede para su conservacion. Veíase ya prosperar en Roma la obra de Ignacio; pero para que fuese tan apreciada por los soberanos Pontífices, era preciso que extendiese por toda la Alemania luces muy inmensas. Profesábanla los Papas un afecto tan paternal, que solo estudiando la historia, los progresos que ha hecho hacer al catolicismo, y las luchas que ha sostenido contra la herejía, se puede comprender el motivo de este afecto.

La Alemania proveia de jóvenes al colegio Germánico sacando después sacerdotes virtuosos é instruidos, á quienes nada podia hacer vacilar en la fe, y que al regresar á su patria comunicaban á sus familias y amigos el fruto de las lecciones que habian recibido.

No cesaban los novadores de echar en cara al clero sus inmorales costumbres; pero á vista de la castidad que observaban estos eclesiásticos, no cabia en ellos la mas leve tacha.

El celibato de los sacerdotes habia sido siempre para los secretarios un formidable argumento, cuyas consecuencias exageraban á los ojos del vulgo; mas el pudor, tal vez un poco agreste, que veian observar á los germanos, y su porte tan modesto como reservado, inutilizaba los tiros de la calumnia. Al paso que acusaban al clero secular y regular de que celebraban los oficios divinos con una indiferencia, que rayaba en desprecio y aun en incredulidad; se mostraban los germanos tan devotos en el altar, que su sola vista parecia vindicar á los santos misterios del descrédito en que los habia hecho caer la irreverencia de los sacerdotes. Decian que el clero era insaciable en atesorar, y que aspiraba únicamente á enriquecerse para vivir en la abundancia: pero la sobriedad y el desinterés de los germanos contrarestaba la intolerable situacion en que el clero se veia sumido, y que se resignaba á aceptar.

En Alemania, ese país de los serios estudios, y en el que se hallaban una multitud de herejes, que adulterando los textos de la Biblia ó de los santos Padres, se prometian un triunfo fácil;

eran sospechados de ignorancia los sacerdotes hasta tal punto, que cuando los sectarios los desafiaban públicamente á que respondiesen á sus argumentos contra la Religion, se veian precisados á callarse; por lo que el vulgo los abandonaba para agregarse á los Luteranos, cuya palabra tenia cierto colorido de erudicion. Empero los discípulos del colegio Germánico disiparon bien pronto estos rumores: véalos el pueblo amamantados con la leche de la ciencia; oíalos confundir la dialéctica de los sectarios: sabia que venian de Roma, fuente y origen de toda buena doctrina, y los adoptó como literatos; formando desde luego un juicio favorable que todavía subsiste.

Los alemanes comenzaron á estimar á estos jóvenes, que para conducirlos por las sendas del deber se habian expatriado voluntariamente, dirigiéndose á otros climas á exigir lecciones y ejemplos, que estaban muy léjos de encontrar en el seno de la familia alemana. Ignacio habia concebido la idea del establecimiento: los Papas poseian todos los medios necesarios para desarrollarla, como lo hicieron; y seria hoy imposible apreciar los servicios de toda especie que ha recibido la religion católica de su ministerio. En él se han educado representantes de las mayores casas del imperio, y nosotros hemos leído en las listas de los alumnos que cursaron en esta casa, los nombres mas ilustres de Alemania, Italia y otros diferentes paises. Vense figurar en ellas á los Fernandos de Baviera, los condes de Harach, los Dietrichstein, los Hun, los Kuenburg, los Furstenberg, los Schratzenbach, los Hollonitz, los Chymay, los Sotern, los Kollowrat, los Metternich, los Esterhasy, los Firmian, los Breiner, los Frankenberg, los Lodron, los Waldstein, los Erdedy, los Reynach, los margraves de Bade, los Wartenberg, los Holstein, los Orsini, los Bacalar, los Cibo, los Sadolet, los Chisholm, los Conti, los Aldobrandini, los Seyton, los Aquaviva, los Justiniani y los Jimenez.

Á fines del siglo XVIII se contaban ya 24 cardenales y el papa Gregorio XV; 6 electores del sacro imperio; 19 príncipes; 21 arzobispos y prelados; 121 obispos titulares; otros 100 *in partibus infidelium*; 46 abades ó generales de Órdenes; 11 mártires por la fe, y 13 de la caridad, que todos se habian sentado en los bancos del colegio, y habian sido formados en esta escuela que Ignacio habia dejado en gérmen.

CAPÍTULO VII.

Eleccion del nuevo general.— Causas que la retardan.— Nombramiento de Laynez.— Primera congregacion general.— Intenta el papa Paulo IV modificar el instituto de los Jesuitas.— Los Padres se oponen.— Entrevista del Papa y del General.— Su discusion.— Francisco de Borja en el monasterio de Yuste con el emperador Carlos V.— Su conversacion.— Francisco de Borja en Portugal.— El P. Luis Gonzalez, preceptor de D. Sebastian.— Los herejes en Sevilla.— Acusaciones contra Francisco de Borja y los Jesuitas.— Felipe II.— Carta de Francisco de Borja á este Príncipe.— Se dirige á Roma.— Los asistentes de las provincias.— Laynez es propuesto para Papa por una fraccion de cardenales.— El Conclave.— Pio IV, sumo Pontífice.— Suplicio de los sobrinos del papa Paulo IV.— Los auxilia el P. Perucci.— Los Jesuitas perseguidos en Venecia.— Se declara su enemigo el patriarca Juan Trevisani.— El P. Palmio y el Dux Priuli.— Bula de Pio IV en favor de los Jesuitas.— Marcha Laynez á la conferencia de Poissy con Hipólito de Este, cardenal de Ferrara.— El P. Ponce Cogordan.— Decídese Francisco II á aprobar la real cédula de Enrique II su padre.— Oposicion de la universidad, del Parlamento y del arzobispo de Paris.— Los Jesuitas renuncian á sus privilegios.— Eustaquio du Bellay se adhiere al Instituto condicionalmente.— Real órden de Carlos IX al Parlamento.— La reina regente Catalina de Médicis.— Cogordan en el Parlamento.— Los Jesuitas en Pamiers, Marsella y Aviñon.

El árbol que Ignacio habia plantado echaba ya profundas raíces, y extendia á lo léjos sus nacientes ramas. Francisco Javier acababa de conmover el Nuevo Mundo por medio de una revolucion pacífica, al paso que sus hermanos en Europa se lanzaban á través de otra revolucion, que amenazaba hundir en el abismo, tanto á los tronos, como á la Santa Sede. Pero la muerte del General complicaba sobremanera las dificultades: la transmision del poder en los Estados apenas creados, va siempre acompañada de trastornos. El fundador de una sociedad ó de un reino electivo, puede gobernarlos con los medios que le parecen mas idóneos, puesto que conoce á los súbditos, que marchan bajo sus órdenes por haberlos amoldado con su propia mano: algunos le deben reconocimiento; otros una parte de su gloria ó de su fortuna, y todos le manifiestan al menos aquel aparente respeto que se asemeja á la obediencia: guárdanse muy bien de disputar con él el ori-